

Banda 12

-Adivina otra vez - dijo Sheringham.

Maxted recogió los auriculares, y se los puso con cuidado sobre las orejas. Cuando el disco empezó a girar se concentró, tratando de percibir algún eco familiar.

El sonido era un rápido susurro metálico, como filamentos de hierro precipitándose por un embudo. Duró diez segundos, se repitió una docena de veces, y luego terminó abruptamente con un tintineo seco.

-¿Y bien? -preguntó Sheringham-. ¿Qué es?

Maxted se quitó los auriculares; se restregó una oreja. Hacía horas que escuchaba los discos, y tenía las orejas entumecidas e insensibles.

-Podría ser cualquier cosa. ¿Un cubito de hielo que se derrite?

Sheringham meneó la cabeza, sacudiendo la barba. Maxted se encogió de hombros.

-¿La colisión de dos galaxias?

-No. Las ondas sonoras no viajan a través del espacio. Te daré una pista. Es uno de esos sonidos proverbiales.

Sheringham parecía gozar del interrogatorio.

Maxted encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al banco del laboratorio. La cabeza se derritió en un minúsculo estanque de cera, se enfrió y dejó una cicatriz negra y superficial. La observó con placer, notando que Sheringham se movía junto a él, impaciente. Buscó algún simil obscuro.

-¿Qué tal una bragueta...?

-Se acabó tu tiempo -lo interrumpió Sheringham-. un alfiler que cae. - Levantó el pequeño disco, apoyándolo sobre la manga. - Es decir, durante la caída, no en el momento del impacto. Utilizamos un respiradero de quince metros y ocho micrófonos. Pensé que lo pescarías.

tomó el último disco, un LP de doce pulgadas, pero Maxted se puso de pie. A través de las persianas podía ver el jardín interior, una mesa, unos vasos y una jarra que relucía en la penumbra. Sheringham y aquellos juegos infantiles, lo irritaban de pronto; se impacientó consigo mismo por haber tolerado tanto tiempo a ese hombre.

-Vamos a tomar un poco de aire -dijo con brusquedad, rozando con el hombro uno de los altoparlantes-. Los oídos me vibran como gongs.

-De acuerdo -accedió Sheringham sin vacilar. Puso el disco con todo cuidado, y apagó el amplificador-. De todos modos, éste quiero reservarlo para después.

Salieron al aire tibio del anochecer. Sheringham encendió las lámparas japonesas y ambos se tendieron en las sillas de mimbre, bajo el cielo abierto.

-Espero que no te hayas aburrido demasiado -dijo Sheringham mientras empuñaba la jarra-. La microacústica es un hobby fascinante, pero temo haberlo convertido en una obsesión.

Maxted se limitó a gruñir con neutralidad.

-Algunos de los discos de esas novedades disparatadas, como los primeros planos de la cara de una mariposa o el filo de una navaja de afeitar. Sin embargo, pese a tus argumentos, no puedo creer que la microacústica llegue a transformarse en un instrumento científico. Es apenas un sofisticado juguete de laboratorio.

Sheringham meneó la cabeza.

-Estás completamente equivocado, por supuesto. ¿Recuerdas ese registro de la división celular que te hice escuchar en primer término? amplificada cien mil veces, la división celular animal suena como si un montón de vigas y láminas de acero se desgarraran al mismo tiempo... ¿Tú qué dijiste...? Un choque automovilístico en cámara lenta. Por otra parte, la división celular vegetal es un poema electrónico, pleno de armonías suaves y sonidos burbujeantes. Ahí tienes un perfecto ejemplo de cómo la microacústica puede descubrir diferencias entre el reino animal y el vegetal.

-Me parece un procedimiento bastante rebuscado -comentó Maxted, sirviéndose soda-. También podrías calcular la velocidad de tu auto por el movimiento de las estrellas; pero es más fácil mirar el velocímetro.

Sheringham asintió, mirando a Maxted intensamente por encima de la mesa. Parecía que la conversación ya no le interesaba, y los dos hombres permanecieron en silencio. Extrañamente, la hostilidad que los dividía desde hacía tantos años era ahora menos velada; el contraste entre las personalidades, las actitudes y el aspecto físico, más pronunciado. Maxted, un hombre alto y corpulento de cara tosca y atractiva, se reclinaba casi horizontalmente en la silla, pensando en Susan Sheringham. Ella estaba en la fiesta de Turnbull, y sólo porque ya no resultaba discreto que lo vieran en casa de los Turnbull -la razón era harto conocida-, habría pasado la noche con ella, y no con el marido, este ser grotesco y menudo.

Estudió a Sheringham con tanto objetividad como le fue posible, preguntándose si este hombre estirado e insoportable, pedante y con un innato humor académico, poseía alguna cualidad que lo redimiera. A primera vista ninguna, por cierto, aunque el hecho de que esa noche lo hubiese invitado demostraba cierto coraje y cierto orgullo. Los motivos de Sheringham, sin embargo, serían tan excéntricos como de costumbre.

El pretexto, reflexionó Maxted, había sido bastante poco convincente: Sheringham, profesor de bioquímica en la universidad, disponía de un laboratorio casero muy bien equipado; Maxted, un atleta venido a menos y sin capacidad profesional, trabajaba como agente de una compañía que fabricaba microscopios electrónicos; una visita, había sugerido Sheringham telefónicamente, podía ser provechosa para ambos.

Claro que nada de esto había sido mencionado aún. Pero Sheringham tampoco había nombrado a Susan, el verdadero tema de la charada de esa noche. Maxted especuló acerca de los posibles métodos que Sheringham podía adoptar para llegar a la confrontación inevitable y definitiva; no estaba en él

caminar crispadamente en círculos, ni mostrarle una fotografía acusatoria, ni sacudirlo tomándolo por el brazo. Había en Sheringham una insidiosa veta adolescente...

Maxted interrumpió abruptamente estas reflexiones. El aire del patio era de pronto más fresco, casi como si hubiesen encendido un poderoso refrigerador. Sintió el escorzo de la carne de gallina en los muslos y la columna vertebral. Estiró la mano y terminó el whisky que le quedaba.

-Hace frío aquí -comentó.

Sheringham miró su reloj.

-¿De veras? -dijo. Había en su voz un tono indeciso; por un momento pareció estar esperando una señal. Luego cambió de expresión, y dijo con una extraña sonrisa: Ya es hora del último disco.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Maxted.

-Quédate ahí -dijo Sheringham. Se levantó-. Yo no pondré. Señaló un altoparlante atomillado a la pared, por encima de la cabeza de Maxted, sonrió y desapareció.

Maxted, temblando, incómodo, contempló el silencioso cielo nocturno, con la esperanza de que la corriente vertical de aire frío que había descendido hasta el patio no tardara en disiparse.

El parlante emitió un leve crujido, multiplicado por un círculo de otros parlantes que colgaban del enrejado alrededor del patio, y que Maxted advirtió por primera vez.

Sacudiendo tristemente la cabeza ante las extravagancias de Sheringham, decidió servirse más whisky. Cuando se estiró sobre la mesa, vaciló y no pudo evitar caer tumbado en la silla. Parecía tener el estómago lleno de mercurio, frío como el hielo y tremendamente pesado. Se inclinó otra vez hacia adelante e intentó alcanzar el vaso, pero lo golpeó y volcó sobre la mesa. Sintió que se le nublaban el cerebro y se acodó sin fuerzas en el borde de vidrio y apoyó la cabeza en las muñecas.

Cuando alzó los ojos, Sheringham estaba de pie frente a él, sonriendo comprensivamente.

-No te sientes muy bien ¿eh?

Respirando con dificultad, Maxted logró recostarse. Trató de hablarle a Sheringham, pero no podía recordar ninguna palabra. El corazón le dio un salto, y torció la boca en una mueca de dolor.

-No te preocupes -le aseguró Sheringham-. La fibrilación es sólo un efecto lateral. Desconcertante, tal vez, pero pasará en seguida.

Caminó perezosamente por el patio, escrutando a Maxted. Se sentó a la mesa, evidentemente satisfecho. Recogió el sifón y lo vació alrededor.

-Cianato de cromo. Inhibe el sistema coenzimático controlando el equilibrio de los fluidos corporales, y vierte iones de oxhidrilo en la circulación sanguínea. En pocas palabras, te ahogas. Te ahogas en serio, es decir, no sólo te sofocas, como si estuvieras metido en un baño de vapor. Pero no quiero distraerte.

Inclinó la cabeza hacia los parlantes. Un ruido curiosamente sordo y esponjoso inundaba el patio, como si unas olas elásticas rompieran en un mar de látex. Los ritmos eran largos y desgastados, estirándose bajo el gemido plúmbeo y profundo de un fuelle gigantesco. Al principio apenas se los oía; luego los sonidos crecieron hasta inundar el patio y apagar los escasos ruidos de tránsito que llegaban desde la carretera.

-Fantástico ¿no? -dijo Sheringham. Tomó el sifón por el cuello. Se inclinó por encima de las piernas de Maxted y ajustó el control de tono de uno de los parlantes. Se lo veía lozano y vivaz, casi diez años más joven-. Son repeticiones cada treinta segundos, de cuatrocientos microsens, la escala de amplificación en mil. Admitió que hice algunos arreglos, pero de todos modos es notable comprobar hasta qué punto un sonido hermoso puede volverse repulsivo. Nunca adivinarás qué era esto.

Maxted se movió perezosamente. El lago de mercurio que tenía en el estómago era frío e insondable como una fosa oceánica, y sentía los brazos y las piernas hinchados, como los apéndices entumecidos de un gigante ahogado en el mar. Sólo podía ver a Sheringham merodeando frente a él; y oía el lento batir del océano en la distancia. Ahora estaba más cerca, y golpeaba con un ritmo opaco e insistente. Las grandes olas se inflaban y estallaban como las burbujas de un mar volcánico.

-Te diré, Maxted, me llevó un año obtener esa grabación -le decía Sheringham. Se sentó a horcajadas sobre Maxted, gesticulando con el sifón-. Un año. ¿Sabes lo atroz que puede ser un año? -Por un momento se interrumpió; luego alejó algún recuerdo.- El sábado pasado, poco después de medianoche, tú y Susan estaban recostados en esta misma silla. Sabes, Maxted, aquí hay sondas sónicas por todas partes. Finas como una nota aclaratoria: -El viento es tu propia respiración, muy pesada en ese momento, si mal no recuerdo; eso que parece un trueno es el pulso de los dos.

Maxted flotaba en un aluvión de sonido.

Pocos más tarde vio la cara de Sheringham ante él. Le temblaba la barba, movía frenéticamente la boca.

-¡Maxted! Sólo te quedan dos respuestas, así que concéntrate, por Dios -gritó con irritación, la voz casi perdida entre los truenos que rodaban desde el mar-. Vamos, volumen. El sonido retumbaba en el patio, reverberando y alejándose en la noche.

Maxted casi había perdido la conciencia, y su deteriorada identidad era una pequeña isla sin formas, casi totalmente erosionada por las olas que la barrían de un extremo a otro.

Sheringham se arrodilló y le gritó en el oído.

-Maxted ¿oyes el mar? ¿Sabes dónde te estás ahogando?

Una sucesión de olas gigantes y flácidas, cada una más pesada y envolvente que la anterior, rodó sobre ellos.

-¡En un beso! -chilló Sheringham-. ¡Un beso!

La isla se disolvió hundiéndose en el lecho fundido del mar.

J.G. Ballard - Shanghai de Pasaporte a la eternidad.